

Suscripción, 0.50 ptas. al mes
En el resto de España, 1,50 el trimestre
Extranjero, 10 ptas. año
Número suelto 15 céntimos
Pago adelantado

CEHEGIN

Redacción y Administración
25, MAYOR, 25
Toda la correspondencia diríjase
AL DIRECTOR
No se devuelven los originales

SEMENARIO INDEPENDIENTE

DIRECTOR:
Juan García Porcel

Se publica todos los lunes

ADMINISTRADOR:
Felipe Valero Fernández

El Ex-prisionero Antonio Olmo Pérez

Hablando con Antonio Olmo

Estábamos en nuestro despacho cuando llegó el soldado a visitarnos. Buen número de amigos y parientes acompañaba al héroe del día. Unas mujeres enlutadas le seguían también, y entre ellas una viejecita de rostro simpático en la que nosotros adivinamos a la madre; no podía ser otra, a juzgar por las miradas de cariño que continuamente dirigía al muchacho.

Antonio Pérez es moreno ¡muy moreno!, de estatura mediana, y mirar inquieto. Nos saludó cariñosamente, y fué respondiendo a nuestras preguntas con el aplomo y la corrección del

que no és la primera vez que se las entiende con periodistas.

He aquí lo que hablamos:

—¿En que combate fué usted hecho prisionero?

—El 27 de Diciembre. Nuestro Regimiento, el de Melilla, fué como siempre, de los más castigados en la acción. En el fragor del combate, no caímos en cuenta de que andábamos algo distanciados del resto de las fuerzas, cuando de pronto nos vimos envueltos entre una avalancha de moros que nos *copó*. Creímos que nuestra muerte era segura; pero nó, el enemigo solo pretendía hacernos prisioneros, a juzgar por los movimientos que ejecutaban para ir estrechando el círculo en que nos tenían y co-

gernos presos. ¡Y al fin lo consiguieron!

—¿Y ha durado mucho tiempo su cautiverio?

—Cuarenta y cinco días, que a mi se me han figurado cuarenta y cinco siglos por lo menos.

—¿Tan mal les trataban?

—No señor; al contrario; nos trataban muy bien, y no llegaron a molestarnos jamás. En la casa que yo estuve prisionero lo puedo asegurar así. De mis compañeros no sé... pero creo que les habrá sucedido igual. Unicamente nos advirtieron que tratásemos a las moras con todo género de respetos, pues de lo contrario lo pasaríamos muy mal.

—¿Y ustedes...?

—Calcule usted. ¡Cualquiera se atreve a levantar la consigna oliéndole la cabeza a pólvora! ¡Para pensar en amoríos estábamos!

—Algunas moras tienen fama de hermosísimas.

—Y merecen tenerla, si señor; en donde yo pasé mi cautiverio, vivía un matrimonio, con una hija soltera, que por acá me la quisiera encontrar... Pero allí, ¡cualquiera se acordaba allí de otra cosa que de su madre y de su *peazo* e tierra! Además, señor Porcel, que eso de perder la cabeza hay que pensarlo!

—¿Y ellas...?

—Ellas nos trataban bien, y mejor aún, cuando los moros marchaban al campo a sus que-

—14—

quemar tus manos a espensas de la fiebre del deseo!...

Adela. ¡Suelta!... ¡suelta!... (Cogiendo a su vez las manos de Fernando; y llevándolas a ella misma a su cuello.) Aquí;... aquí arriba... A la cabecita morena de tus sueños... al cuello que tus dedos sujetaban antes con la suavidad de un cosquilleo... Así... así... ¡más!... ¡aprieta más!...

Fernando. (Desasíndose de ella.) ¡No!... ¡Suelta!... ¡Quita!... Si sé lo que pretendes...

Adela. ¿Vés?... ¿Ves lo que sois los hombres?... Preferís acallar las necesidades groseras de la carne, antes que los gritos del honor y la conciencia... (En un arranque supremo de desprecio.) ¡Sois despreciables! ¿Lo oyes bien?: ¡despreciables!...

Fernando. (Como si nada oyera.) ¡Está más hermosa!... (Con amargura.) ¡Y es de otro!... ¡De otro!

Adela. De otro, ¡sí!... De...

Fernando. (Decompuesto.) ¡Calla Adela!... ¡calla!...

Adela. Sí; de Carlos... ¡De mi Carlos!... (Dice esto con fiera salvaje.)

Fernando. (Fuera de sí; arrojándose sobre Adela.) ¡No! ¡Eso no! ¡Mía! ¡Siempre mía!... (La oprime el cuello y la obliga a caer medio desfallecida en una butaca. Toda esta escena y

—16—

lo que resta se recomienda muchísimo al talento de los actores.)

Adela. ¡Por fin! (Casi sin poder hablar por la asfixia.) ¡Fernando!... ¡Fer... nan... do...! Me... aho... go...!

ESCENA FINAL

DICHOS y ENRIQUE que sale precipitadamente por el foro.

Enrique. (Al darse cuenta de lo que ocurre, corre hacia Fernando, y casi a viva fuerza logra separarlo de Adela.) ¡Fernando! ¡Fernando! ¿Qué haces? ¡Suelta!... ¡Suelta!... Si tú vales más que ella; ¡mucho más!

Fernando. (En el centro de la escena y después de una breve pausa que el autor deja a criterio del actor.) Tienes razón, Enrique; ¡migo mío!... Ella para mí valía antes mucho... pero ahora... ahora solo vale lo que una pecadora de oficio... lo que una...

Adela. (Suplicante.) ¡Fernando!

Enrique. Vamos, Fernando. ¿Vienes? (En la puerta foro.)

Fernando. Sí, vamos. (Acercándose a ella.) Oyeme Adela.

Adela. ¿Vas a insultarme más?

Fernando. No; escucha: Tú seguirás viviendo en esta

